

La Comédiathèque

UN SUEÑO DE CASA

Jean-Pierre
Martinez



comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Un sueño de casa

Jean-Pierre Martinez

Cuento atrás... Una pareja acaba de comprar la casa de sus sueños, a un precio sorprendentemente bajo.

¿Qué habrá pasado en esa casa para que nadie la quisiera comprar antes? Los anteriores propietarios murieron allí en circunstancias tan dramáticas como misteriosas... Un cuento filosófico en forma de cuenta regresiva sobre el destino tragicómico de la humanidad en general, y de la pareja en particular.

Reparto variable de 2 a 10 actores y actrices.

1H/1M

2H/2M

3H/3M

4H/4M

5H/5M

© La Comédiathèque

ACTO 5

Ella y él están sentados en un jardín.

Él – Esta casa es absolutamente perfecta.

Ella – Sí. Es realmente el paraíso.

Él – Y este jardín...

Ella – Es el jardín del Edén.

Un tiempo.

Él – El jardín del Edén, ¿es el paraíso?

Ella – ¿Cómo?

Él – El paraíso es cuando estamos muertos, ¿no?

Ella – El jardín del Edén es el paraíso terrenal. El paraíso perdido. Justo antes de que Adán se comiera todas las manzanas, Eva talara el manzano para hacer leña y su hijo le rompiera la cabeza a su hermano con los troncos.

Él la mira un poco sorprendido.

Él – Tendré que volver a leer la Biblia, ahora que tengo un poco de tiempo.

Ella – En cualquier caso, es la casa de nuestros sueños.

Él – Sí. Exactamente lo que queríamos.

Ella – Todos los comercios están cerca.

Él – Sin hablar de las escuelas.

Ella – Lástima que no tengamos hijos.

Él – Eso les evitará matarse entre ellos.

Ella – Bueno, si algún día la revendemos... a una pareja que tenga hijos.

Él – Y la casa está tan impecable.

Ella – Todo ha sido renovado desde el sótano hasta el ático.

Él – Los niños lo ensuciarían todo.

Ella – Está como nueva.

Él – Sí, completamente renovada. Y a ese precio, imagínate...

Ella – Es verdad que no la pagamos cara.

Él – Para una casa así.

Ella – Tan bonita, y tan bien ubicada.

Él – Las pinturas aún están frescas.

Ella – Es tan blanco... Casi es sospechoso.

Él – ¿Sospechoso?

Ella – Como si hubieran querido borrar cualquier rastro de...

Él – ¿De qué?

Ella – No sé.

Él – ¿De toda señal de vida?

Ella – ¿De toda señal de sangre...?

Se miran con inquietud.

Él (*para tranquilizarse*) – Me gusta mucho esta casa.

Ella – Aquí nos sentimos tan bien.

Él – Siempre soñé con tener una casa así.

Ella – Y hoy, ese sueño se ha hecho realidad.

Silencio. Nueva inquietud.

Él – ¿No has oído algo?

Ella – Sí...

Él – ¿Qué es?

Ella – No sé.

Él – O tal vez lo soñamos.

Ella – Voy a ver.

Ella se levanta y vuelve un instante después.

Él – ¿Qué era?

Ella – El buzón.

Él – ¿Una carta?

Ella – Un folleto.

Él – No sé para qué sirve poner un "No propaganda" en la puerta.

Ella – Es para la "Fiesta de los vecinos".

Él – ¿Los vecinos hacen una fiesta?

Ella – ¡La "Fiesta de los vecinos"! Es una vez al año, en primavera. Sacamos mesas a la calle, cada uno lleva algo de beber y comer...

Él – Ah sí... La fiesta de los vecinos... Entonces, nos dejan una nota para avisarnos de que van a hacer un poco de ruido.

Ella – ¡Nos dejan una nota para invitarnos!

Él – ¿Invitarnos? ¿A nosotros? ¡Pero si no conocemos a esos vecinos!

Ella – Ahora que vivimos aquí, son nuestros vecinos. Se supone que debemos conocernos.

Él – Ya veo... La fiesta de los vecinos... ¿Crees que debemos ir?

Ella – No es una obligación... pero quizás sea mejor. ¿Qué opinas?

Él – No sé...

Ella – Si queremos empezar a integrarnos un poco en el barrio.

Él – Es verdad, no conocemos a nadie.

Ella – Ni siquiera a los antiguos propietarios, nunca los conocimos.

Él – Hay que decir que no salimos mucho.

Ella – No... Quizás deberíamos...

Silencio.

Él – A propósito de vecinos, ¿sabes qué?

Ella – ¿Qué?

Él – Me pregunto si la vecina no ha muerto.

Ella – ¿Qué te hace pensar eso?

Él – No sé... (*Un tiempo*) El olor, para empezar...

Ella – ¿El olor?

Él – ¿No hueles nada?

Ella – No.

Él – Incluso sin tener un sentido del olfato muy desarrollado... Hay algo podrido por aquí, te lo aseguro.

Ella – ¿Ah sí?

Él – Y no es de ayer. Cada vez huele más fuerte...

Ella – Pero cuando dices algo podrido... ¿quieres decir un cadáver?

Él – No sé... nunca he tenido la oportunidad de olfatear un cadáver. ¿Y tú?

Ella – No. Bueno, sí, pero... no un cadáver que olierá tanto.

Él – Como un olor a rata muerta, si prefieres.

Ella – Quizás sea una rata muerta.

Él – ¿Ratas? ¿En el barrio? Me sorprendería... Es un barrio bastante burgués.

Ella – ¿Un jabalí, entonces...? ¿O un ciervo...? Comí carne de caza madurada, una vez, en un gran restaurante. Creo que un cadáver debe tener un poco ese sabor.

Él – ¿Un ciervo madurado?

Ella – No sé... Tal vez el sabor... Pero el olor...

Él – Parece que viene de la casa de al lado. O del jardín.

Ella – ¿Cómo habría podido llegar un ciervo al jardín de la vecina?

Él – Sobre todo un ciervo muerto. Aunque vivamos en un barrio burgués, no hay muchas cacerías por aquí.

Ella – Y aparte del olor, ¿qué te hace pensar que la vecina podría estar muerta?

Él – Nunca la vemos... Las persianas están cerradas...

Ella – Quizás se ha ido de vacaciones.

Él – ¿Desde hace más de tres meses?

Ella – ¿Y por qué no?

Él – A esa edad, se va uno de crucero una semana. Diez días, como mucho.

Ella – ¿Cómo sabes qué edad tiene la vecina? Si nunca la hemos visto. Además, ¿cómo sabes que es una mujer?

Él – No sé. Me imaginé una anciana. La casa no está en muy buen estado. Y las mujeres suelen vivir más que sus maridos. Así que deduje que...

Ella – Ya veo...

Él – Observación, deducción...

Ella – Debe haberse ido de viaje por mucho tiempo. O está con sus hijos.

Él – ¿Durante tres meses? ¿Quién soportaría tener a su madre en casa durante tres meses?

Ella – Bueno, supongamos... ¿La vecina está muerta? En su casa... ¿Y tú eres el único que se ha dado cuenta?

Él – Siempre he tenido un sentido del olfato muy fino...

Ella – Su familia se habría preocupado por su desaparición...

Él – ¿Su familia?

Ella – Sus hijos.

Él – ¿Y si no tiene hijos?

Ella – ¡Todo el mundo tiene hijos!

Él – Nosotros no tenemos...

Ella – Entonces, su marido.

Él – Acabas de decir que seguramente era viuda...

Un tiempo.

Ella – Bueno... ¿Entonces qué hacemos? Deberíamos avisar a la policía...

Él – ¿La policía?

Ella – No vamos a dejarla ahí así, esperando que...

Él – ¿Que empiece a descomponerse?

Ella – ¿Cuánto tiempo puede permanecer un cuerpo así antes de empezar a oler?

Él – No sé si es buena idea que seamos nosotros los que avisemos a la policía.

Ella – ¿Por qué?

Él – Podrían sospechar de nosotros.

Ella – ¿Sospechar de qué?

Él – ¡De haberla asesinado!

Ella – ¿Crees que ha sido asesinada?

Él – No lo sé... Sucede...

Ella – ¿Y por qué sospecharían de nosotros?

Él – Hace apenas tres meses que nos mudamos aquí, la vecina muere justo en ese momento, y somos nosotros quienes avisamos a la policía...

Ella – Tienes razón, podríamos tener problemas... Pero, ¿por qué la habríamos matado, a la vecina?

Él – Siempre hay buenas razones para deshacerse de los vecinos, ¿no?

Ella – ¿Qué razones?

Él – Por ejemplo, para comprar su casa.

Ella – Sí, bueno...

Él – Especialmente si la compramos en usufructo.

Ella – No me digas que compraste la casa de la vecina en usufructo, y que la mataste.

Él – ¡No, qué cosas dices!

Ella – Me tranquilizas...

Él – Dicho esto, quizás no sea una mala idea.

Ella – ¿Matar a la vecina?

Él – Comprar la casa.

Ella – ¿Para qué?

Él – ¡Para no tener vecina!

Ella – Empiezas a preocuparme...

Él – Sin vecinos, sin fiesta de vecinos.

Ella – Sí, claro...

Él – En todo caso, si está muerta, seguramente pondrán la casa en venta.

Silencio.

Ella – Creo que empiezo a notar un poco ese olor...

Él – ¿Un olor a podrido?

Ella – Sí, creo que sí...

Un tiempo.

Él – No me estarás diciendo esto solo para complacerme, ¿verdad?

Ella – ¿Qué?

Él – Que hueles un olor a cadáver.

Tocan el timbre.

Él – ¿Qué será esta vez? ¿Esperamos a alguien?

Ella – No.

Él – Espero que no sea otra invitación.

Ella – No conocemos a nadie... ¿Una invitación para qué?

Él – ¿La "Fiesta de la Música"?

Ella – Es verdad que tampoco falta mucho para eso.

Él – Podrían agruparlas.

Ella – La fiesta de la música entre vecinos...

Él – Voy a ver...

(Él sale. Ella huele el aire para intentar detectar algo).

Ella – No habría sido un buen perro policía.

Él vuelve.

Ella – ¿Qué era?

Él – La vecina.

Ella – ¿La que está muerta?

Él – La otra vecina.

Ella – ¿Qué quería?

Él – Quería saber si por casualidad no era en nuestra casa donde olía a cadáver.

Ella – ¿Dijo cadáver?

Él – Creo que quería decir un animal muerto. Un gato, por ejemplo. El suyo desapareció hace algunas semanas.

Ella – ¿Y qué le contestaste?

Él – Le dije que no olía nada...

Ella – Hiciste bien.

Él – Es mejor no meterse en lo que no nos concierne.

Ella – Para vivir felices, vivamos escondidos...

Él – ¿Somos felices?

Ella – ¿Tú qué crees?

Silencio.

Él – Es curioso... Me contó una historia extraña...

Ella – ¿Quién?

Él – ¡La vecina!

Ella – ¿Qué historia?

Él – No sé si quieres escuchar esto ahora.

Ella – Has dicho demasiado o no lo suficiente...

Él – ¿Te acuerdas de lo que nos dijo el agente inmobiliario cuando compramos la casa?

Ella – ¿Qué?

Él – Que la casa estaba en venta porque los propietarios habían muerto.

Ella – Sí... Seguro que por eso nunca los conocimos.

Él – Lo que omitió decirnos es cómo murieron...

Ella – Es verdad. Es curioso que murieran los dos, al mismo tiempo.

Él – Sí...

Ella – ¿Cómo murieron?

Él – Ella le partió el cráneo con un hacha...

Ella – Ah sí... ¿Y dónde?

Él – Aquí, en el jardín.

Ella – ¿No? ¿Y después?

Él – Después, se lanzó desde el segundo piso al patio.

Ella – ¿El patio? ¿Quieres decir el jardín? ¿Nuestro jardín...?

Silencio.

Él – No entendía por qué esta casa estaba en venta desde hacía tanto tiempo.

Ella – Y que no hubiera encontrado comprador, incluso a un precio tan bajo.

Él – Es verdad que hicimos un buen negocio.

Ella – ¿Tú crees?

Él – No sé...

Ella – Seguro que por eso renovaron toda la pintura.

Él – Para borrar todas las huellas de sangre...

Un tiempo.

Ella – ¿Estás seguro de que es en la casa de al lado donde huele a muerte?

Él – ¿Qué quieres decir?

Ella – Tal vez venga de aquí.

Él – No, no puede ser. Cuando vino la policía y descubrieron el drama, se llevaron los cuerpos, ¿verdad?

Ella – A veces hay fenómenos extraños en las casas donde han sucedido tragedias como esta...

Él – La primera vez que visitamos la casa, ya sentí algo.

Ella – ¿Y no me lo dijiste?

Él – La casa estaba tan barata...

Ella – Entiendo por qué, ahora.

Él – Sí, yo también...

Silencio.

Ella – Mira, parece que la vecina ha vuelto de vacaciones...

Él – ¿Tú crees?

Ella – Las persianas están abiertas...

Él – Al menos, ella no está muerta.

Ella – No... Aún no...

Él – Así que no es de su casa de donde viene ese olor.

Ella – O es el gato...

Él – Vamos a decir que es el gato.

Ella – Sí, seguramente es el gato.

Silencio.

Él – Entonces, ¿qué hacemos? ¿Vamos o no?

Ella – ¿A dónde?

Él – ¡A la fiesta de los vecinos!

Ella – No sé si es una buena idea.

Él – Tienes razón.

Ella – Ya los veo mirándonos por debajo y hablando en voz baja.

Él – "Son ellos".

Ella – "Los que viven en la casa donde ocurrió esa masacre".

Él – Sí... Preguntándose cuándo nos tocará a nosotros.

Ella – ¿Nos tocará a nosotros?

Él – De masacrarnos el uno al otro.

Ella – ¿Crees que podríamos llegar a eso?

Él – Nos aburrirnos tanto.

Ella – ¿Tenemos un hacha?

Silencio. Él huele nuevamente el aire.

Él – Y si fuéramos nosotros...

Ella – ¿Nosotros?

Él – Los que olieran a podrido.

Se miran, perplejos.

Negro.

ACTO 4

Él llega primero y mira a su alrededor. Ella se une a él.

Él – Entonces, Comisaria, ¿qué opina usted?

Ella – Creo que los dos están muertos.

Él – Sí... Eso pensé también, cuando vi que su cabeza estaba separada del cuerpo y había rodado a más de dos metros del tronco...

Ella – Y que la cabeza de ella se había estrellado contra el suelo del patio como una vieja sandía demasiado madura.

Él – Pero lo que quería saber, Comisaria, es qué piensa usted de este caso...

Ella – No pienso nada, querido. Observo y deduzco, eso es todo. Como Sherlock Holmes o el inspector Columbo. Un buen policía no piensa. Observa y saca conclusiones de sus observaciones.

Él la mira con perplejidad y sigue examinando el lugar.

Él – Me pregunto qué pudo haber pasado aquí para que una pareja sin historia llegara a masacrarse así con tanto entusiasmo.

Ella – ¿Qué le hace pensar que se trata de un asesinato?

Él – Ella todavía tenía en la mano el hacha con la que lo decapitó.

Ella – No se deje engañar por las apariencias, Inspector, le jugarán malas pasadas. Además, se le olvidó notar que antes de decapitar a su marido, ella había talado un manzano en el jardín. Probablemente con el mismo hacha.

Él – Es cierto, no me había fijado en eso. Y además, no sé nada sobre árboles.

Ella – Yo tampoco.

Él – Entonces, ¿cómo sabe que es un manzano?

Ella – Porque vi manzanas colgadas en las ramas.

Él – Yo tampoco había notado eso...

Ella – Si hubiera visto peras, habría deducido que era un peral. Si fueran cerezas, un cerezo. Observación, deducción. No lo olvide nunca, Inspector.

Él – Lo tendré en cuenta, Comisaria.

Ella – ¿Qué sabemos de esta... pareja sin historia, como usted dice?

Él consulta un pequeño cuaderno.

Él – Él era autor de teatro... Ella, actriz...

Ella – ¿Un autor conocido?

Él – Una de sus obras tuvo cierto éxito hace unos años.

Ella – ¿Ah, sí? ¿Cuál?

Él – Un sueño de casa...

Ella – Nunca lo había escuchado. La última vez que fui al teatro fue para ver La jaula de las locas.

Él – No le gustó...

Ella – Sí, sí. Justamente. Preferí quedarme con una buena impresión. ¿Y ella?

Él – Papeles secundarios, principalmente... Cada vez menos, además.

Ella – Eso podría ser un motivo de suicidio. Pero no un móvil de asesinato. ¿Sin antecedentes penales?

Él – Un oscuro caso de plagio. Un hurto en una tienda. Un fraude a las ayudas familiares. Nada grave...

Ella – ¿Tenían hijos?

Él – No. Por eso hablaba de fraude a las ayudas familiares.

Ella – Ya veo... ¿Un hurto en una tienda, decía?

Él – Sí.

Ella – ¿Perfume? ¿Maquillaje? ¿Lencería? Generalmente, eso es lo que las mujeres roban en las tiendas...

Él consulta su cuaderno.

Él – Un hacha.

Ella – ¿Un hacha? Entonces podría haber premeditación...

Él – Si es con ese hacha con el que decapitó a su marido.

Ella – ¿Por qué robaría un hacha si ya tenía una?

Él – No lo sé... Algunas mujeres roban por el placer de robar...

Ella – ¿Un hacha?

Él – Es cierto que un hacha... es bastante raro.

Ella – Un hachita, a lo sumo. Sería más femenino... O un cuchillo de pan. Una lima de uñas, tal vez.

Él – ¿Para cortar un árbol?

Ella – Es un árbol pequeño, Inspector. ¿No había notado eso tampoco?

Él – ¿Y sobre... el plagio, Comisaria, qué piensa usted?

Ella – ¿No sabe lo que significa, verdad?

Él – Digamos que... no estoy muy seguro.

Ella – Un plagio es un robo.

Él – Como robar un hacha en una tienda de bricolaje.

Ella – Sí. Solo que la tienda de bricolaje es el cerebro de un autor, y son sus ideas las que el plagiador le roba.

Él – Ya veo... Como un vampiro que chupa la sangre de sus víctimas... Quizás le rompió el cráneo para revisar su cerebro y robarle lo que había dentro...

Ella – ¿Por qué se habría tirado por la ventana después?

Él – ¿Qué podría robarle un actor a un autor?

Ella – Sus réplicas, probablemente. Es un defecto bastante común en los actores. Terminan creyéndose los autores del texto que interpretan.

Él – ¿En serio?

Ella – Conocí a un trágico que terminó convencido de que era el autor de todas las obras de Racine.

Él – Acabó en el manicomio, me imagino.

Ella – Terminó en la Academia Francesa.

Él – ¿La Academia Francesa...?

Ella – Es el equivalente del Consejo Constitucional, pero para los literatos. Una especie de residencia para jubilados, si lo prefiere. Pero en lugar de jugar al Scrabble, deciden qué palabras se pueden aceptar en el Scrabble.

Él – ¿Y eso es grave, Comisaria?

Ella – ¿Qué cosa?

Él – ¡El plagio!

Ella – Todos somos falsificadores, querido. Solo repetimos las frases hechas que nos enseñaron en la escuela. Y las deformamos de paso. Si metiéramos en la cárcel a todos los que no son realmente los autores de las tonterías que sueltan a lo largo del día, no quedaría mucha gente libre, créame.

Él – Aunque como decía Michel Audiard, «Un intelectual sentado no va más lejos que un tonto que camina».

Ella – Eso es de Jacques Audibert.

Él – No lo conozco...

Ella – «Un tonto que camina vale más que diez intelectuales sentados». También Michel Audiard plagiaba a sus colegas de vez en cuando. Aunque en este caso, no estoy segura de saber quién plagió a quién.

Él – En resumen... no hemos inventado nada.

Ella – La vida es una lucha constante contra la mediocridad, que consiste en plagiar a los demás, antes de plagiarse a uno mismo...

Él – Es tan inteligente lo que dice... No estoy seguro de entenderlo todo...

Ella – La verdadera inteligencia, Inspector, es saber cerrar la boca. Pocas personas son capaces de hacerlo. Incluso yo, a veces, me sorprendo diciendo frases... que no son mías.

Él – Y eso, ¿es suyo, Comisaria?

Ella – Desgraciadamente, no. Recoja un trozo de esa sandía y métalo en una bolsa térmica. Lo mandaremos al laboratorio para su análisis.

Él – Muy bien, Comisaria.

Ella – Y no olvide ponerse los guantes...

Él – Para no contaminar la muestra.

Ella – Sí... Y sobre todo para no ensuciarse las manos...

Él – Y no ensuciar la casa.

Ella – Sería una pena. Está tan limpio aquí.

Él – Al parecer, repintaban las paredes todos los años.

Ella – Probablemente después de cada crimen.

Él – ¿Cree que hubo más de uno?

Ella – Ya le dije, no creo nada.

Él sale. Ella mira a su alrededor antes de olfatear el aire. Luego se pone a cuatro patas y huele por todas partes como un perro policía. Él regresa y la mira, un poco desconcertado.

Él – ¿Ha encontrado algo, Comisaria?

Ella se levanta.

Ella – Créame, Inspector, esto huele a muerte en esta casa.

Él – Hay dos cadáveres justo al lado, es normal, ¿no?

Ella – Lo que quería decir es que huele a podrido. Carne en descomposición, si lo prefiere. Pero esta pareja murió hace muy poco tiempo.

Él – ¿Cómo lo sabe?

Ella – El cerebro de la señora aún estaba humeante cuando llegamos.

Él – Es cierto que no hace mucho calor aquí. Pero sin querer contradecirle, Comisaria, en cuanto al humo, creo que se trataba más bien de un cigarrillo mal apagado. Encontré la colilla consumida en un rincón del patio.

Ella – Pues razón de más. Cuando el último cigarrillo todavía echa humo, significa que el condenado no ha muerto hace mucho. (*Ella vuelve a olfatear*). Le digo que este caso huele a podrido...

Él – ¿Y qué conclusiones saca de estas observaciones, Comisaria?

Ella – Hay al menos tres conclusiones posibles.

Él – La escucho.

Ella – O bien las víctimas ya olían a podrido en vida.

Él – Sí...

Ella – O bien este olor proviene de otros cadáveres más descompuestos que aún no hemos descubierto. Cadáveres enterrados en el sótano, por ejemplo.

Él – ¿Cuánto tiempo puede permanecer un hombre bajo tierra antes de empezar a pudrirse?

Ella – Bueno, si no estaba ya podrido antes de morir...

Él – Entonces, eso tampoco es de usted...

Ella – No.

Él – ¿De quién es, jefa?

Ella – De Shakespeare. En Hamlet. Suponiendo que realmente fuera él quien escribió sus obras, claro.

Él – ¿Cree que Shakespeare también era un plagiaro?

Ella – Quién sabe...

Él – ¿Y cuál es su tercera hipótesis, Comisaria?

Ella – ¿Y si fuéramos nosotros los que olieran a podrido...?

Él – Nunca se me habría ocurrido eso...

Ella – Por eso yo soy comisaria y usted solo inspector.

Él – Claro, Comisaria.

Ella – He reflexionado mucho sobre la naturaleza humana. Y he llegado a ciertas conclusiones, que quizá escriba en un libro cuando me jubile, para beneficio de las generaciones futuras.

Él – ¿De verdad? ¿Y qué tipo de libro, Comisaria? ¿Una novela policiaca?

Ella – Más bien... una especie de Biblia.

Él – Ya veo... ¿Una Biblia de serie policiaca...?

Ella – ¡Inspector! ¡Una Biblia! Una especie de Nuevo Nuevo Testamento, por así decirlo.

Él – Ah, de acuerdo...

Él – ¿Quiere darme una idea preliminar de algunas de sus reflexiones?

Ella – ¿Por qué no...?

Después de un breve silencio, para mantener el efecto dramático.

Ella – ¿Sabe cuántos seres humanos han vivido y muerto en esta tierra antes que nosotros, Inspector?

Él – No.

Ella – Aproximadamente cien mil millones. Por cada ser vivo en este planeta, hay más de diez en nuestros cementerios y en otros lugares.

Él – Ah, sí. Eso es mucha gente.

Ella – Y no va a mejorar, créame.

Él – ¿Ah, no?

Ella – Lo verá. A medida que envejecemos, llegamos a conocer a más muertos que vivos.

Él – Es verdad...

Ella – Y llegará un día en que en esta tierra no habrá más que muertos.

Él – ¿El fin del mundo, quiere decir?

Ella – El fin de la humanidad, al menos. Al ritmo que llevamos, probablemente será pronto. La Tierra no será más que una casa vacía, habitada por todos los muertos que la han ocupado sucesivamente desde el amanecer de la humanidad.

Él – Es hermoso lo que dice, Comisaria.

Ella – No es mío, lamentablemente.

Él – ¿De quién es entonces?

Ella – Del autor de esta obra, supongo. A menos que también sea un vulgar plagiaro.

Él – ¿Y qué hacemos con este doble asesinato?

Ella – Tendremos que rastrear el hilo de estos trágicos eventos, desde este último asesinato hasta la primera víctima de esta asesina en serie.

Él – ¿Cree que estamos tratando con una asesina en serie?

Ella – ¡La Muerte! ¡Es ella la responsable de todos estos decesos! No existe la muerte natural, Inspector. Toda muerte es un homicidio. ¡Es la Muerte la que ha asesinado a toda esta gente!

Él – Pero cuando dice rastrear el hilo de los eventos, ¿quiere decir...?

Ella – ¡El primer asesinato! El primer caso criminal.

Él – ¿Qué caso?

Ella – Caín y Abel, por supuesto.

Él – No he oído hablar de ese caso. ¿Caín y Abdel, dice...?

Ella – ¿Nunca ha leído la Biblia? ¿O a Victor Hugo? «El ojo estaba en la tumba y miraba a Caín», ¿eso no le suena?

Él – No. ¿Una cámara oculta en una tumba?

Ella – Dios fue el primero en inventar la videovigilancia, Inspector. Nosotros, los policías, no somos más que sus modestos servidores.

Silencio.

Él – ¿Entonces cree que la Tierra podría desaparecer algún día?

Ella – La Tierra es como una casa. La compras a alguien cuando llegas, la vendes a otro cuando te vas, con la esperanza de obtener una pequeña ganancia. Crees que siempre ha estado ahí, esa casa, y que siempre estará ahí. Sin embargo, alguien la construyó un día, y alguien terminará destruyéndola.

Él – Empiezo a olerlo yo también.

Ella – ¿Qué?

Él – Ese olor a muerte.

Ella – Ese olor, querido, es el de la vida antes de nosotros. Los cien mil millones de seres humanos que nos precedieron. La Tierra es un osario, una fosa común, un gigantesco cementerio bajo la luna.

Él – Supongo que eso tampoco es suyo...

Ella – Quién sabe... A veces también improviso. ¿Ha visto *La noche de los muertos vivientes*?

Él – ¿Esos cadáveres que salen de sus tumbas y se dan una vuelta por la ciudad para comer carne fresca?

Ella – ¡Cien mil millones, imagínese! Sin contar los animales salvajes que pronto exterminaremos, y los animales domésticos que criamos en jaulas y sacrificamos en masa para comérselos los domingos después de misa alrededor de una barbacoa con amigos.

Él – Es cierto que una barbacoa es agradable...

Ella – Imagine que una noche regresan todos para comernos, todos esos pollos, esos cerdos, esos terneros que sacrificamos en nuestros mataderos...

Él – Ah sí, da escalofríos...

Ella – ¡Y no hablemos de las verduras!

Él – ¿Las verduras? ¿Se refiere a las patatas fritas?

Ella – ¡Imagínese! La noche de los muertos vivientes, pero con patatas, zanahorias y nabos, que salen de la tierra por la noche para venir a comernos. ¡Imagine, Inspector!

Él – Lo intento, Comisaria. Lo intento... ¿Y qué hacemos con estos dos?

Ella – ¿Qué piensa de la casa?

Él – No está mal.

Ella – ¿No está mal?

Él – No, la verdad es que es absolutamente perfecta.

Ella – Estoy buscando una en el barrio, precisamente. Pero con el miserable sueldo que nos pagan cada mes... Aunque yo gane tres veces más que usted.

Él – Sin obras que hacer. Cerca de todos los comercios. Con una escuela no muy lejos.

Ella – Ahora la casa seguramente estará a la venta.

Él – ¿Ahora?

Ella – Ahora que los propietarios han muerto.

Él – ¿Podría vivir en una casa donde han ocurrido hechos tan dramáticos?

Ella – ¿Y usted no?

Él – Creo que tendría pesadillas...

Ella – Entonces, ¿cree que la casa se venderá más barata?

Él – Creo que esta casa es invendible...

Ella – También lo creo.

Él – En el barrio, siempre será la casa donde ocurrió la masacre. La casa del crimen.

Ella – ¿Conoce usted ese cuadro de Paul Cézanne, La casa del ahorcado?

Él – ¿Quién?

Ella – Ni siquiera se sabe si alguien se ahorcó alguna vez en esa casa. Pero imagínese el trabajo para un agente inmobiliario. ¿Quién querría comprar la casa de un ahorcado? Y aún así, esa se convirtió en un cuadro famoso. Pero por una casa del ahorcado pintada por Cézanne, cuántas casas habrá donde alguien se ahorcó sin que nadie lo supiera.

Él – Hay que colgarse en algún sitio.

Ella – ¿Y si la compramos, esa casa?

Él – ¿Nosotros?

Ella – Por una ganga. Usted y yo. Seguro que tiene algunos ahorros, ¿no?

Él – Claro que podríamos conseguirla barata. Pero decía que sería invendible.

Ella – La compramos por casi nada, esperamos a que se calme un poco, renovamos las pinturas y la vendemos con una buena ganancia.

Él – Y mientras tanto, ¿quién vivirá en ella?

Ella – ¡Usted y yo!

Él – ¿Usted y yo?

Ella – ¿No le gusto, Inspector?

Él – Sí, sí, claro, es solo que...

Ella – ¿Qué?

Él – No, nada... (*Pausa*) Y yo, ¿le gusto, Comisaria?

Ella le lanza una mirada sorprendida.

Ella – Pero si era una broma, hombre.

Él – Claro, Comisaria.

Ella – Usted y yo ya nos conocemos demasiado bien. Acabariamos aburriéndonos.

Él – Tal vez incluso empezaríamos por eso.

Ella – Créame, por mi experiencia, es para escapar del aburrimiento que muchas parejas acaban matándose en casa.

Él – ¿Cree que ella le rompió la cabeza y se tiró por la ventana justo después solo para darle un poco de emoción a su vida de pareja?

Ella – ¿Está casado, Inspector?

Él – No.

Ella – Entonces no puede entenderlo.

Oscuro.

ACTO 3

Él está sentado, inmóvil. Ella llega desde afuera, con un impermeable puesto y un hacha en la mano.

Él – ¿Todo bien?

Ella – Sí.

Ella se quita el impermeable.

Él – ¿Has tenido un buen día?

Ella – Sí, todo bien.

Él – Bien. (*Silencio, durante el cual ella afila su hacha con una piedra.*) ¿Tienes algo que decirme?

Ella – ¿Qué podríamos decirnos que no nos hayamos dicho ya? Solo nos repetiríamos, ¿no?

Él – Bien... Y... si puedo permitirme preguntar... ¿Qué haces con ese hacha?

Ella – Ah... Esa es una pregunta que nunca me habías hecho antes...

Él – Seguramente porque es la primera vez que vuelves a casa con un hacha...

Ella – Eso es... Es la primera vez... He decidido sorprenderte...

Él – ¿Y entonces?

Ella – Voy a cortar el árbol que hay al fondo del jardín.

Él – ¿Con un hacha?

Ella – ¡Claro! No con una lima de uñas.

Él – ¿Y qué te ha hecho ese árbol?

Ella – Está podrido.

Él – ¿Podrido?

Ella – Podrido por dentro. Al menor golpe de viento, podría caerse sobre nosotros.

Él – No estamos casi nunca debajo.

Ella – Podríamos querer hacer una barbacoa.

Él – Nunca hacemos barbacoas. Y ni siquiera sé dónde está ese árbol.

Ella – No me sorprende. Ya no sales de la casa. Ni siquiera para ir al jardín.

Él – No sabía que teníamos un hacha.

Ella – No teníamos.

Él – Entonces, has comprado un hacha...

Ella – No la compré, la robé.

Él – Es bastante voluminosa... ¿Cómo se puede robar un hacha?

Ella – No se puede. El guardia de seguridad me atrapó en la salida. Al final, tuve que pagarla.

Él – Tenemos suficiente dinero para comprar un hacha. ¿Por qué no querías pagarla?

Ella – ¡Para que no hubiera factura, por supuesto!

Él – ¿Y de qué sirve comprar un hacha sin factura?

Ella – ¡Sin factura, no hay rastro! Si compraras un revólver para matar a alguien, preferirías que no hubiera factura, ¿no?

Él – Supongo, pero bueno... Nunca he comprado un revólver. Y aún no he matado a nadie. Hasta hoy...

Ella – Tienes razón. Comprar un revólver puede despertar sospechas. Más que comprar un hacha, en todo caso. Incluso con factura...

Él – Entonces, eres consciente de que se trata de un acto grave, por no decir reprochable...

Ella – Soy consciente, no te preocupes.

Él – En el peor de los casos, puedo entender que uno tale un árbol en un arrebato. Un plátano, por ejemplo. Porque se ha lanzado frente al coche justo cuando pasabas tranquilamente, completamente borracho. Pero así, de sangre fría. Con un hacha que has conseguido a propósito para eso... ¡Es una ejecución! Un asesinato con premeditación. Te advierto que no me haré cómplice de semejante crimen.

Ella – No te preocupes, no participarás en esta masacre. (*En voz baja*) Al menos no como cómplice...

Él – ¿Por qué ahora?

Ella – Te digo que está podrido.

Él – ¿Desde cuándo?

Ella – No sé... Ha sucedido poco a poco. Cuando el gusano está en el fruto... a veces acaba atacando al árbol.

Él – Ni siquiera sabía que teníamos un árbol en el jardín. ¿Qué tipo de árbol es?

Ella – Un manzano.

Él – ¿Tenemos un árbol frutal en el jardín?

Ella – Ya está medio muerto. Hace tiempo que no da manzanas.

Él – Eso no es razón para deshacerse de él así.

Ella – Ese árbol me ha decepcionado mucho. Había puesto grandes esperanzas en él.

Él – Dices que está medio muerto. Entonces, todavía está medio vivo.

Ella – Es demasiado tarde. Prefiero abreviar su agonía.

Él – Podría dar algunas manzanas más.

Ella – Justo eso es lo que le reprocho.

Él – ¿Perdón?

Ella – Toda su vida, ese árbol solo ha dado manzanas. Y si siguiera medio vivo durante diez o veinte años más, seguiría dando manzanas.

Él – Los manzanos dan manzanas. ¿Qué esperabas?

Ella – Que me sorprendiera.

Él – Y entonces, prefieres talarlo.

Ella – ¿Para qué seguir? Ese árbol se ha vuelto tan previsible. Y lo previsible es tan deprimente.

Él – ¿Y qué harás con el tronco?

Ella – ¿El tronco? Supongo que lo trocearé, lo meteré en bolsas de plástico, y lo tiraré poco a poco a la basura frente a nuestra casa. Un poco cada día, para que los basureros no se den cuenta de nada.

Él – ¿De qué no se den cuenta?

Ella – No se supone que debemos tirar ramas viejas a la basura. Ni siquiera en trozos pequeños.

Él – Más razón para no talar ese manzano.

Ella – Ya basta de charlas. Cuanto antes lo haga...

Ella da un paso hacia la salida. Él se levanta y se enfrenta a ella.

Él – ¿Y si no estuviera de acuerdo?

Ella – ¿Ah sí? ¿Y qué harías?

Él – Podría impedírtelo.

Ella – ¿Impedírmelo? ¿Tú?

Él – Exactamente. Y tú, si intentara impedírtelo, ¿qué harías?

Ella – No sé... (*Ella levanta el hacha.*) Podría romperte el cráneo con este hacha, por ejemplo. Para ver si realmente tienes un cerebro dentro.

Un tiempo.

Él – Entonces, ¿todavía me guardas rencor por haber firmado el guion de esta obra en tu lugar...?

Ella – Eso se llama plagio, ¿no?

Él – Era mejor así, te lo he dicho cien veces. Ya era un poco conocido como autor. Eso tranquilizaba al productor.

Ella – Eso te tranquilizaba más a ti. Firmar finalmente algo interesante...

Él – La obra fue un fracaso.

Ella – Algunas obras tienen una segunda oportunidad. Ruy Blas tuvo un mal recibimiento en su estreno. Luego se convirtió en un clásico.

Él – ¿Ahora te crees Victor Hugo?

Ella – ¿Por qué no? Ruy Blas también es la historia de un impostor. Aunque el héroe, él sí, no carece de grandeza.

Él – ¿Un sueño de casa? ¿De verdad pensabas pasar a la posteridad con eso?

Ella – ¡Eso no te impidió firmar el manuscrito!

Él – Por cierto, me pregunto si no te inspiraste un poco en Ruy Blas para escribir esta porquería.

Ella – ¡Ahora eres tú el que me llama plagiaria! ¡Esto es el mundo al revés!

Ella avanza hacia él con el hacha, amenazante. Él retrocede cautelosamente un paso.

Él – No olvides que al final hubo una factura. Y es probable que la dirección de la tienda haya informado a la policía. Ya tienes antecedentes por hurto en una tienda.

Ella – Y tú por plagio. Porque no es la primera vez que te apropias de un texto que no es tuyo.

Ella levanta el hacha.

Él – La policía vendrá. Nunca podrás hacer pasar esto por un crimen pasional. Te caerá cadena perpetua.

Ella – Fue al casarme contigo que me sentencié a cadena perpetua... (*Ella baja el hacha, pareciendo resignarse.*) Pero tienes razón... sería demasiado arriesgado. No merece la pena...

Él – Anda, deja ese hacha, podrías herir a alguien.

Ella – Me pregunto por qué vinimos a enterrarnos aquí...

Él – Sí, yo también...

Ella – No sé por qué, siempre tuve la sensación de que había algo raro en esta casa.

Él – ¿Qué?

Ella – No sé...

Él – Como una maldición.

Ella – ¿Y si nos mudáramos?

Él – ¿Con qué dinero? Desgraciadamente, no será con tu obra maestra con lo que pagaremos la hipoteca de la casa. Ni con tus cachés de actriz, además.

Ella levanta de nuevo el hacha, amenazante.

Ella – ¿Es una crítica?

Él – No te atreverías. Sería demasiado parecido a una mala obra de bulevar.

Ella – ¿Una mujer que corta a su marido con un hacha?

Él – A una película de terror de serie B, si prefieres.

Ella – Por otro lado...

Él – ¿Qué?

Ella – Hay bodrios que se venden muy bien...

Él – ¿Por ejemplo?

Ella – La Matanza de Texas.

Él – ¿Esta historia de masacre con motosierra? Aquí solo es un hacha, y solo es una mujer matando a su marido.

Ella – Cuando no tienes un gran presupuesto...

Él – Lo siento, no me lo creo.

Ella – Piensa en el primer asesinato en la historia de la humanidad.

Él – ¿Caín y Abel?

Ella – Un tipo que estrangula a su hermano con las manos desnudas. Eso es todo. La investigación es solo una cámara de vigilancia que Dios instaló en la tumba del culpable. Y el libro sigue siendo un best-seller hoy en día.

Él – Sí, pero nunca se había hecho antes. Hoy en día, incluso en cuestiones de asesinato, no es tan fácil sorprender.

Ella – Tienes razón, es realmente deprimente. Me dan ganas de suicidarme. Bueno, empezaré con el manzano, eso me relajará...

Ella toma su hacha y se dispone a salir.

Él – Pongo la mesa... y pensaré en otro guion.

Ella – ¿No quieres echarme una mano?

Él – ¿Para qué?

Ella – ¡Para talar ese maldito manzano! Si no queremos que caiga sobre la valla del vecino, deberías empujar del otro lado mientras yo corto el tronco.

Él – Vale, pero ten cuidado. Un accidente puede ocurrir tan fácilmente...

Ella – Especialmente cuando usas un hacha por primera vez en tu vida...

Salen. Un momento.

Voz en off – ¡Corten! ¡Ese no es el texto que escribí, maldita sea!

Oscuro.

ACTO 2

Ella está allí. Él llega.

Él – He tenido un sueño muy raro... Bueno, en realidad era más bien una pesadilla.

Ella – ¿Qué?

Él – Soñé que me dejabas...

Ella parece incómoda.

Ella – ¿Te sabes tu texto?

Él – ¿Y tú no?

Ella – Sí, sí, bueno... creo que sí.

Él – ¿Lo repasamos una última vez?

Ella – Vale...

Él – Dicen que el autor es un psicópata. Si cambiamos una sola palabra de su texto, sería capaz de matarnos.

Ella – Y como también es el director...

Él – Ese es el problema con el cine de autor...

Ella – ¿Vamos allá?

Él – Salgo y vuelvo a entrar para hacer mi entrada.

Ella – Yo también...

Salen los dos. Él vuelve después de un momento y se sienta. Ella llega con un hacha.

Él – ¿Todo bien?

Ella – Sí.

Ella se quita el impermeable.

Él – ¿Has tenido un buen día?

Ella – Sí, todo bien.

Él – Bien. (*Silencio, durante el cual ella afila su hacha con una piedra.*) ¿Tienes algo que decirme?

Ella – ¿Qué podríamos decirnos que no nos hayamos dicho ya? Solo nos repetiríamos, ¿no?

Él – Bien... Y... si puedo preguntarlo... ¿Qué haces con ese hacha?

Ella – Ah... Esa es una pregunta que nunca me habías hecho antes...

Él – Seguramente porque es la primera vez que vuelves a casa con un hacha...

Ella – Eso es... Es la primera vez... He decidido sorprenderte...

Él – ¿Y entonces?

Ella – Voy a cortar el árbol que hay al fondo del jardín.

Él – ¿Con un hacha?

Ella – ¡Claro! No con un cuchillo de pan.

Él se detiene, perturbado.

Él – ¿No con un cuchillo de pan?

Ella – ¿No es eso lo que tenía que decir?

Él – Sí. Sí, sí. Pero esa réplica... Es muy tonta, ¿no?

Ella – Bueno, pues...

Él – ¿Y si le pedimos al autor que la cambie? No sé, podríamos decir... "No con una lima de uñas", ¿no sería más divertido?

Ella – ¿Tú crees...?

Él – Me parece que sí.

Ella – Tú mismo lo dijiste, el autor odia que cambien una sola palabra de su texto. Creo que hoy está de un humor de perros... Y como hay un hacha en el escenario...

Él – Tienes razón. Necesitamos estos cachés... No es el momento de que nos despidan. ¿Volvemos a la escena?

Ella – Vale.

Él se concentra un momento y continúa.

Él – ¿Todo bien?

Ella – Sí.

Ella – Quería decirte algo.

Él (sorprendido) – ¿Sí...?

Ella – No es fácil.

Él – ¿Qué?

Ella – Te dejo.

Él – Eso no está en el texto, ¿verdad?

Ella – No, no eso.

Él – Habíamos dicho que no cambiaríamos el texto.

Ella – Me acaban de ofrecer un papel. El papel de mi vida...

Él – ¿Quién?

Ella – El autor. Bueno, el director.

Él – ¿Qué quieres decir con un papel?

Ella – Acaba de pedirme la mano.

Él – ¿La mano?

Ella – Sí, bueno... Me ha pedido que sea su esposa, si lo prefieres.

Él – No tiene poco descaro, ese tipo... ¿Y qué le respondiste?

Ella – Dije que sí.

Él – Entonces, así de fácil... ¿Te pide la mano y tú dices que sí?

Ella – Tú nunca me pediste la mano.

Él – ¿Un tipo que apenas conoces?

Ella – Lo conozco un poco mejor que eso...

Él – Ah, ya... (*Un tiempo*) ¿Quieres que nos casemos, es eso?

Ella – Lo siento. Lo nuestro se ha acabado.

Él – No entiendo...

Ella – No hay nada que entender.

Él – ¿Me dejas... justo cuando acabamos de mudarnos a una nueva casa?

Ella – Te la dejo, esta casa.

Él – ¿Quieres decir que me dejas pagando la hipoteca solo...?

Ella – No querías hijos. Esta casa ya era demasiado grande para nosotros dos.

Él – Podría haber cambiado de opinión. ¿Quieres un hijo?

Ella – Es demasiado tarde.

Él – ¿Por qué?

Ella – Ya estoy embarazada... Por eso no podía esperar más para decírtelo.

Él – ¿Que estás embarazada?

Ella – ¡Que te dejo!

Él – ¿Y si fuera mío?

Ella – No es tuyo.

Él – ¿Cómo puedes estar tan segura?

Ella – No hemos hecho el amor en seis meses.

Él – ¿Tanto tiempo? ¿Estás segura?

Ella – Lo suficiente para estar segura de que este bebé no es tuyo.

Silencio, mientras él asimila el golpe.

Él – Muy bien...

Ella – Lo siento mucho...

Él – Vale...

Ella – ¿Vas a estar bien? Quiero decir... para rodar esta escena...

Él – Estaré bien... Somos profesionales, ¿no? The show must go on...

Ella – Creo que nos está esperando...

Él – No te preocupes... Vamos a rodar esta... película de autor.

Ella – Me alegro de que lo tomes así.

Él – Y cuenta conmigo para respetar el texto al pie de la letra...

Voz en off – Si todo el mundo está listo, vamos a rodar. Silencio en el set.

Silencio.

Oscuro.

ACTO 1

Él está allí. Ella llega.

Él – ¿Entonces, se ha ido?

Ella – Vuelve en una hora, para que tengamos tiempo de hacernos una mejor idea.

Él – Y para que decidamos hacer una oferta... o no.

Miran a su alrededor.

Ella – Entonces, ¿qué piensas?

Él – Alucino.

Ella – Tú también...

Él – Es verdad que es absolutamente perfecta.

Ella – Incluso hay un jardín.

Él – ¿Un jardín o un patio?

Ella – Un patio lo suficientemente grande como para tener un árbol.

Él – ¿Ah, sí?

Ella – Por más que busco, no veo nada que falle.

Él – Y comparado con todo lo que hemos visto hasta ahora.

Ella – A menudo más caro...

Él – Mucho más caro.

Ella – Tiene que haber un error en el precio, no es posible.

Él – Se han olvidado de poner un cero al final.

Ella – O están muy apurados.

Él – ¿Quiénes son los propietarios?

Ella – El agente inmobiliario me dijo que habían muerto.

Él – Entonces, no están apurados.

Ella – Tal vez los herederos sí lo estén.

Él – Dijo que llevaba varios años en venta.

Ella – ¿Cómo puede estar en tan buen estado?

Él – Parece que acaban de hacer la limpieza.

Ella – No entiendo.

Él – ¿Crees que hay gato encerrado?

Ella – Por más que miro, no veo nada.

Él – El barrio también parece muy tranquilo. Y muy burgués.

Ella – El encanto de lo antiguo con todas las comodidades modernas.

Él – Renovación total.

Ella – Sin necesidad de reformas.

Él – Empezamos a hablar como el agente inmobiliario.

Ella – Es increíble... Parece que esta casa nunca ha sido habitada.

Él – Todas esas paredes de un blanco inmaculado...

Ella – Está tan limpia... Da hasta un poco de miedo.

Él – Sí... Es curioso...

Ella – ¿Qué?

Él – No, nada, es una tontería.

Ella – Vamos, dilo... Nos estamos a punto de endeudar por medio siglo. Podríamos pasar el resto de nuestra vida en esta casa... Si tienes algo que decir, es ahora.

Él – No sé... Tengo una sensación extraña.

Ella – ¿Una sensación?

Él – ¿No hueles algo?

Ella – No... No huelo nada...

Él – Como un olor a...

Ella – ¿Un olor a qué?

Él – No lo sé. Un olor... a cuerpos.

Ella – ¿Un olor corporal, quieres decir... como en el autobús en hora punta?

Él – Sí, algo así... Salvo que los pasajeros ya se hayan bajado.

Ella – Puede ser el agente inmobiliario... No tenía muy buen aspecto.

Él – Pero de ahí a que huela por toda la casa cuando se fue hace un cuarto de hora.

Ella – O tal vez seamos nosotros...

Él – ¿Nosotros?

Ella – Hemos pasado toda la mañana corriendo. Incluso con un buen desodorante...

Él – No, te aseguro... No es ese tipo de olor.

Ella – No huelo nada... ¿Estás seguro?

Él – Eso creo...

Ella – ¿Qué tipo de olor?

Él – No sé... Como... el olor de todos los que han estado aquí antes que nosotros.

Ella – ¿Que han estado aquí? ¿En esta casa?

Él – Los propietarios pasan, las casas permanecen.

Ella – De ahí a que dejen su olor...

Él – Me gustaría saber cuántas personas han sido dueñas de esta casa.

Ella – El notario nos lo podrá decir, ¿no?

Él – ¿Tú crees?

Ella – O podemos ir al catastro. Remontar hasta el primer propietario. El que construyó esta casa. El que la habitó primero.

Él – Cuando aún era virgen de toda ocupación. De todo recuerdo...

Ella – Cuando solo era un terreno para construir.

Él – Un permiso de construcción.

Ella – Un proyecto de construcción.

Él – Un plano.

Ella – Una simple idea.

Él – Un deseo.

Ella – Cuando esta casa no era más que un sueño de casa.

Él – Al final, si uno retrocede lo suficiente, no hay otra realidad que los sueños.

Ella – Tendremos que intentar explicar eso a nuestro banquero.

Él – Tienes razón. Porque para pedir prestado una suma así...

Ella – Cuando eres artista.

Él – Y ni siquiera estás seguro que tendrás suficiente trabajo para seguir siéndolo.

Silencio.

Ella – Entonces, ¿qué hacemos?

Él – Creo que hay que decidirse, porque a este precio, no va a estar mucho tiempo en el mercado.

Ella – Es cierto que no es caro para una casa tan bonita, pero ¿de verdad podemos permitirnoslo?

Él – Con un préstamo a cincuenta años, reducirá la cantidad a pagar cada mes.

Ella – Aun así, tendremos que dejar de salir para pagar las cuotas.

Él – O encontrar fuentes de ingresos adicionales.

Ella – ¿Tienes alguna idea?

Él – La casa es grande. Podríamos alquilar una habitación a turistas de paso, hombres de negocios en viaje, parejas ilegítimas...

Ella – Claro... ¿Por qué no abrir un burdel en la planta de arriba y una sala de juegos clandestina en el sótano?

Él – O, si no, la alquilamos para rodajes.

Ella – ¿Rodajes?

Él – Rodajes de películas.

Ella – ¿Ah sí?

Él – Tengo un amigo que se dedica a eso. Parece que se puede alquilar por mucho dinero, si la casa es interesante y encaja exactamente con lo que busca el director.

Ella – ¿Qué tipo de películas se podrían rodar en esta casa?

Él – No sé... ¿Películas porno?

Ella – Imagínate si nuestros amigos reconocen la casa.

Él – Si reconocen la casa, es porque ven películas porno... Es poco probable que nos lo digan...

Ella – Sí, claro.

Él – ¿Prefieres películas de terror?

Ella – Hay otros géneros de películas, ¿no? Comedias románticas...

Él – Cuando piensas en todo lo que podría haber pasado en esta casa desde que existe...

Ella – Sí... Debió haber servido como escenario para todo tipo de escenas de la vida conyugal.

Él – Películas de todo tipo...

Ella – Espero que no sean películas de terror.

Él – Seguramente, más bien escenas domésticas, sin duda.

Ella – Intentaremos no exagerarlas demasiado...

Él – Una casa vacía, entre una mudanza y otra, es como un escenario desnudo de un teatro. O un set de cine entre dos rodajes.

Ella – Los actores acaban de irse, llevándose su decorado.

Él – Otros vendrán, trayendo sus propios accesorios y su propia historia.

Ella – Los que llegan no saben nada de la obra que acaba de terminar.

Él – Y aún no saben mucho de la obra que están a punto de interpretar.

Ella – ¿Tragedia o comedia? O tragicomedia...

Él – Entre dos representaciones, solo queda un escenario vacío. Pero en el aire flota el olor de todos los que han pasado por el escenario.

Ella – Ese olor a vida, y a muerte, es el olor del teatro.

Un momento.

Él – Entonces, ¿la compramos?

Ella – Es la casa de nuestros sueños, ¿no?

Él – Sí.

Ella – Se me ocurre una idea.

Él – ¿Una idea de casa?

Ella – Una idea de obra...

Él – ¿Una obra de teatro? ¿Y cómo se llamaría?

Ella – Un sueño de casa...

Él – Si la obra tiene éxito, quizás nos permita pagar esta.

Se toman de la mano y miran con alegría a su alrededor y luego al frente.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Naufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Patis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Los Turistas
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansa a la fieras
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Aviso de paso
Breves de Escena
Breves del Tiempo Perdido
¡Demasiado es demasiado!
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Octubre de 2024

ISBN 978-2-38602-261-6

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.